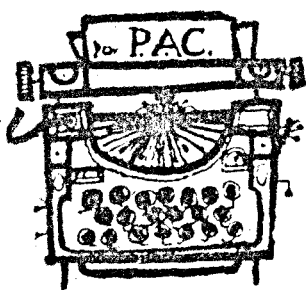


La Vivandera



Como le pagué con un billete alto, sacó de una bolsa oculta en la nagua, debajo del delantal —no sin mirar de reojo, con aire desconfiado a su alrededor— un rollo de billetes. El gesto de la mano, al mantener el fajo y extraer los billetes, fue un gesto versado y rápido como el del jugador con el naípe. Toda una sicología, toda una vida parecía esculpirse en ese gesto de sus manos: la una posesiva, la otra contabilista y veloz con su aritmética al tacto.

Era una mujer recia, de espaldas poderosas, brazos y piernas fuertes y ese cuello ancho y resistente que desarrolla el ejercicio de cargar sobre la cabeza. Muchas veces he mirado esa arquitectura femenina en nuestro pueblo — cuerpo donde el trabajo ha vencido al sexo, cuerpo chato como la Iglesia de Subtiava, templo indio, cuerpo asexual (no como la Iglesia de Xalteva, espigada y con su crinolina, que es el cuerpo mestizo cimbreado su "turrís ebúrnea"), cuerpo empresario — y ahora veía a la vivandera atendiéndome y atendiendo a todo el negocio simultáneamente, ofreciéndole al que pasaba, regateando al que pedía rebaja, comentando con la vecina, vigilando, locuaz, perspicaz, bromista, bocatera . . .

Pensé que no se ha hecho una estadística sobre este tipo de mujer sobre cuyos hombros reposa casi todo el inmenso e invisible edificio de nuestro comercio popular: ¡La Mujer comerciante! La vivandera, la mercadera, la pulpera . . . todo ese culto oculto del mercadeo en manos femeninas —terrible y minucioso— donde se ejercita con frecuencia la más implacable usura — la usura casi caníbal de las viudas y las sin marido que "volantinean su capitalito", las prestamistas de la cocina — o bien la otra triste mujercita de la canasta, tan activa y empeñosa, que al regresar en la tarde a su hogar y al hacer sus cuentas analfabetas se da cuenta de que en vez de ganar . . . salió perdiendo.

Pero esta mi vivandera me está contando que es rivense, que posa en Managua, que comercia con lo que trae (frutas, hortalizas) y comercia con lo que lleva (telas, "artículos"). Sus hijos se quedan con su madre —¡la pobre abuela!— ¡sus maridos ya partieron "de viaje!"; pero está educando un hijo en la Universidad y otro ya trabaja en un taller de mecánica. Entonces dice ella —a su vecina— que su hijo va a ser dentista pero que "los trastes" para instalarlo cuestan un "chiquipil".

Ante esta palabra india, ante esta medida antigua de la riqueza ("chiquipil" significaba ocho mil granos de cacao, una expresión, como decir ¡millones!) retrocedí cinco o seis siglos y sentí cómo aquella mujer vivandera estaba allí ante mí trayéndome en sus gestos, en su destreza comercial, en su rostro perspicaz, una tradición lejanísima y potente, una antigüedad que se me perdía en el fondo del tiempo o en el fondo de sus ojos vigilantes y casi agresivos como los de un ave de rapina.

Nadie que yo sepa ha estudiado esa herencia ancestral —ese hilo en la trama de nuestra historia— que nos viene desde las culturas náhuas prehispánicas: la mujer comerciante.

Josefana, la vivandera, no viene en realidad, de Rivas. Viene desde hace milenios peregrinando con una raza comercial y guerrera: la que dio nombre a nuestra patria: Los Nicaraguas, adoradores de Mixcoatl, dios del comercio.

Tanto Oviedo como Bodadilla cuentan que entre los Nicaraguas sólo a las mujeres se les permitía comerciar en el tiangué o mercado. A los hombres —salvo si eran forasteros— ni siquiera los dejaban "pararse a mirar desde fuera". El mercadeo era labor exclusivamente femenina. ¿Por qué este pueblo de comerciantes tenía esa extraña legislación feminista en su comercio? —¡Es un misterio, siempre ha sido un misterio para mí esa costumbre en la que fueron tan inflexibles los Nicaraguas: ¡al hombre que entraba al mercado le daban de palos y lo tenían por bellaco!" . . . Pero que esa costumbre de la cultura que dominó y que tanto influyó sobre el resto de los indígenas de nuestro país, fue el origen, la escuela inicial de nuestra mujer comerciante, no cabe duda! Todavía es inmenso el porcentaje femenino en el pequeño comercio y ya no digamos en los mercados nicaragüenses. Incluso, observando el sentido económico de Josefana y oyendo de sus labios las historias sobre el botarate de su último marido —que se bebía toda la semana de trabajo el sábado— (¡historia nicaragüense!) — me pregunto si no sabían mejor que nosotros lo que hacían los Nicaraguas con su Código de Comercio feminista!

Ese pueblo huyó de México cuando la caída de Tula y entró a Nicaragua no sabemos exactamente en qué siglo. Pidió posada a los Chorotegas que ocupaban nuestra zona del Pacífico. Se asentó, comenzó a comerciar. Pero con su ojo perspicaz descubrió que en el istmo de Rivas se cultivaba el cacao que era el árbol del dinero. Ya los Chorotegas estaban incómodos con aquellos huéspedes y tramaban destruirlos por sorpresa. Entonces los Nicaraguas —que entre sus comerciantes tenían buenos espías— se adelantaron y pidieron a los Chorotegas que les facilitaran cargadores para transportar sus bienes y salir del país. Felices de salir de ellos los Chorotegas se los facilitaron. Pero los Nicaraguas, aprovechando la noche, degollaron a todos los cargadores— lo que significaba gran sangre en las fuerzas humanas chorotegas— y acto seguido cayeron sobre sus antitribunos derrotándolos. Así les cogieron el ist-

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

mo de Rivas y se hicieron dueños del cacao que era el dólar vegetal y que les permitió el predominio económico sobre todo el país. Cuando llegó Gil González Dávila, el cacique Nicaragua era el cacique más poderoso. Su poder era en gran parte comercial. Pero su comercio estaba en manos femeninas. La indita que cruza con sus ollas sobre la cabeza los caminos, la vivandera de las góndolas del ferrocarril, la vendedora de las esquinillas con su batea, vienen de aquel tiangué imperialista de los dueños del cacao. Todavía ellas, cuando algo no tiene valor económico, recuerdan su antiguo reino y exclaman: "¡eso no vale un cacao!".

La historia nicaragüense de la mujer comerciante está —como digo— por escribirse. Ya José Coronel Urtecho, en sus "Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua" nos sorprende demostrándonos la importancia que tuvo el tiangué o mercado —de raíz indígena— en la formación social, económica y hasta cultural de nuestro pueblo.

Y el tiangué es obra femenina. Como femenina es la pulpería, la venta, el mercado y la economía popular . . .

Pero este elogio de la mujer comerciante tiene un final de fábula:

Cuando regresé a mi casa y le mostré a mi mujer las frutas que había comprado, me preguntó el precio. Al decírselo, su comentario fue: "¡Te tiraron!".

Evidentemente los hijos del inteligente cacique Nicarao sabían bien por qué daban de palos y llamaban bellaco al hombre que se metía en el mercado!

PABLO ANTONIO CUADRA